

«Nuestra compañía, ¿es para todos? ¿También para tus compañeros de clase?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

18. Universalidad

por Luigi Giussani*

La naturaleza misma de la acción cristiana, es decir, el compartir, indica de modo inequívoco su ámbito, que es ilimitado; comprometerse con una experiencia genuina de caridad significa abrirse de par en par al universo. Todo límite impuesto desde el interior a la amplitud de nuestra existencia, mortifica el amor; este, el amor, no es en efecto un gusto ni un cálculo, y ni siquiera un inteligente plan nuestro; consiste en una humilde adhesión al ser tal como se nos ofrece.

De ahí que la característica esencial y la verificación definitiva de la existencia cristiana sea su ilimitada apertura, es decir, su *universalidad*.

También es necesario que cualquier compromiso auténticamente humano se extienda a todos, porque la humanidad pertenece inevitablemente a todos; y una atención a la propia experiencia humana no es verdadera si se aparta –quizá inconscientemente– de la experiencia de todos. Sin embargo, la claridad de una perspectiva universal y la energía para perseguirla concretamente son más un don que una conquista, más fruto de un encuentro que de una genialidad personal. Son fruto del Espíritu.

Entonces se comprende por qué el primer gesto de los apóstoles después de Pentecostés –el discurso de Pedro a los hebreos– testimonia de modo tan inequívoco y clamoroso la entrega a un ideal sin límites.

En cuanto el mandato del Señor –«Id y predicad a todas las gentes»¹– se convirtió, por el don del Espíritu, en arrolladora y concreta realidad, la Iglesia conoció la llegada de la madurez, porque uno sale de la infancia y se siente adulto solo al encaminarse hacia lo universal.

Es la comprobación de un gesto decididamente humano, de un trabajo fecundo, porque finalmente ha sido restituido a sus dimensiones originales.

Ninguna existencia cristiana es tal si no refleja esta clara apertura al universo. Dicha apertura no se realiza en el desprecio imposible o el desinterés inhumano por lo particular, sino más bien en el modo en que se vive lo particular. Familia o amistad, clase o escuela, estudio o profesión pueden convertirse cada vez en objeto de serio compromiso y de entrega genuina; pero *el motivo del compromiso* debe trascender todos los propósitos y todos los nombres, no se debe apegar a ninguna particularidad, por alta que esta sea. Cualquiera- »

¹ Mt 28,19.

* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 115-118.

» ra puede encontrar fácilmente el gusto o las razones para ocuparse del pequeño ámbito que le circunda; pero toda opción que no tenga otros motivos más allá de sí misma no es sino un egoísmo dilatado, un sentimentalismo injusto. Por desgracia la usanza de nuestros días afirma elocuentemente, incluso en la altisonante mentira de sus cacareados universalismos, la incapacidad de superar una perspectiva a pesar de todo limitada; incapacidad que pronto se convierte en imposibilidad para ser fieles a lo particular, experimentado así como algo estrecho y mezquino, como una cárcel.

Al contrario, la segura libertad de una existencia cristiana, su vigilante desapego de todo particularismo, su decidida prontitud para toda auténtica novedad, constituyen por sí solas una segunda promesa, una profecía del advenimiento del Reino:

«Oráculo del Señor Dios:
He aquí que vienen días
en los cuales enviaré mi hambre sobre la tierra:
no hambre de pan ni sed de agua,
sino hambre y sed de oír la palabra de Dios.
Y ellos irán errantes de un mar a otro,
de septentrión a oriente deambularán
buscando la palabra del Señor,
y no la encontrarán.
En aquellos días desfallecerán de sed
las muchachas y los jóvenes»².

² Am 8,11-13.